

Me desgarras el corazón

Por: Begoña Santos Cortizo

©Begoña Santos Cortizo, 2023

Aviso legal:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tabla De Contenidos

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Conclusión](#)

[Otros títulos de la autora](#)

Introducción

¿Cómo confiar cuando tu propia madre te deja a los once años? ¿Cuándo tu padre es un ser miserable que te odia? ¿Cuándo los que te rodean solo cotillean de ti?

Mirella deseaba escapar de todo, deseaba ser libre del pueblo en el que nunca se había encontrado a gusto, donde solo había una cosa que amaba, la ilusión de una niña de quince años que amanecía con ella y se dormía a su lado. Julio era su bastión, su ilusión, espiarlo, anhelar su aparición todas las mañanas en el taller, admirar sus movimientos, su belleza..., un sueño... que se hizo realidad cuando Julio y su amigo Yoel la descubrieron bailando tras las cortinas de su habitación.

Y entonces se la rifaron. Y entonces comenzó una guerra donde el objetivo era Mirella. Y donde Yoel no tenía nada que hacer cuando el amor platónico de Mirella se había puesto al alcance de sus temblorosas manos.

¿Se conformaría con eso el gran amigo o lucharía por conseguirla?

¿La desconfianza de Mirella hacia todos desaparecería y le daría una oportunidad al amor o se cerraría en banda y se alejaría de él?

¡Que disfrutes de mi libro!

Con mucho gusto responderé tus comentarios.

Begoña Santos Cortizo.

Capítulo 1

Mirella apartó un poco las cortinas blancas de su cuarto situado en el segundo piso de su casa. Le cosquilleó el cuerpo mientras lo buscaba entre la gente del taller situado enfrente. A veces se pasaba horas observándolo.

Julio estaba hablando con un compañero, contempló embelesada sus gestos, el modo en el que movía las manos recalcando sus palabras, su figura de modelo de revista, su pelo castaño con reflejos rubios, algo crecido, que caía sensualmente por sus pómulos y su nuca.

Le ardían las manos de ganas de tocárselo.

Eran las ocho y media y pronto el taller cerraría y él se marcharía.

No podía remediarlo, necesitaba observarlo, espiarlo detrás de esas cortinas, saborear el sueño de que algún día fuera suyo.

Un sueño imposible porque Julio se codeaba con lo mejor de las chicas de Leiro y alrededores, y ninguna le duraba mucho.

Pero soñar era mejor que vivir y desde que un día con trece años se quedó mirando la actividad del taller y se fijó en él, su obsesión por espiarlo creció día a día.

Julio se apartaba de su compañero y se iba a cambiar el mono negro por su ropa. Lo siguió con la vista todo el proceso aguardando a que saliera del aseo cambiado y se despidiera de todos.

Se subió a su moto y salió a la acera, no solía ponerse el casco para el trayecto hasta su casa por lo que su perfil mirando a un lado y a otro de la carretera para incorporarse a ella, fue, como tantas veces, un placer a su vista.

Sus hombros enormes y la potencia de sus brazos sujetando la moto, la hicieron suspirar.

Aquel era un imposible porque Julio era uno de los dos pibonazos de Leiro, el otro era un capullo con el ego de la catedral de Santiago.

Hasta que la moto no se perdió de su vista, no se apartó de las cortinas.

Suspiró de nuevo y se tiró en la cama.

Él le daba aliento a su pobre existencia.

Desde que su madre había muerto y la había dejado sola con su abuela a los once años, Julio era lo mejor que le había sucedido.

Bueno, soñar con él, con sus caricias, con su atención.

Se levantó de la cama, nadie prestaría atención a una chica como ella.

Antes se divertía con Estela, su madre, poniéndose su ropa, vistiéndose de mujer, pero desde su muerte había escondido su cuerpo, se había refugiado en los libros, en la música, en su amiga Enmi.

Su padre nunca había sido alguien que la apoyara en nada, era un hombre irascible, posesivo y que la detestaba por la atención que le prestaba su mujer. Roberto quería a Estela para él solo y acostumbraba a fastidiarla para tener un motivo y poder castigarla en su cuarto el tiempo que duraba su estancia en la casa familiar. Porque él era camionero y desde que murió Estela apenas lo veían su abuela y ella.

Mirella no tenía un trato muy íntimo con la madre de Roberto, su abuela, Constancia era una mujer muy cerrada que aceptaba lo que decía el hombre de la casa sin rechistar y esperaba el mismo comportamiento en su nuera y nieta.

Era severa, pero nunca le había puesto la mano encima, no le hacía falta, con mirarla ya le llegaba.

De todos modos, Mirella no era una chica problemática, era callada, observadora, y nunca supo discutir.

En cuanto terminara los estudios se iría a la Universidad de Ourense a estudiar ingeniería aeroespacial. No porque le interesara mayormente, pero decían que eso daba dinero y ella quería ganar dinero para salir del pueblo y si podía de Galicia.

En una ciudad grande le sería más sencillo vivir sin presiones, sin pasado.

Y mientras tanto... estaban Julio y sus fantasías.

Mirella expresaba sus sentimientos ocultos con el baile, bailaba todas las noches hasta quedar rendida. En su habitación era ella misma, sin restricciones, sin esconderse, en su habitación no ocultaba su cuerpo, lo amaba.

Se miró en el espejo del armario, soltó su cabello de las dos trenzas largas que solía ponerse a cada lado de la cabeza y que le llegaban a la cintura. Su pelo era negro y ondulado, algo que las trenzas reforzaban. Le cayó en cascada y lo sacudió a ambos lados golpeando su trasero con algún mechón cuando echó hacia atrás la cabeza. Llevaba puesta una camiseta ceñida blanca de sisas y una braguita malva, nada más. Su pecho era más bien grande, lo observó a través de la camiseta, sus pezones se le marcaban y sabía que llenaría la mano de Julio. Sintió un estremecimiento en la ingle al pensar en eso.

Quería bailar.

Cogió los auriculares y se los puso, buscó sus canciones favoritas y la habitación desapareció, solo quedó ella y la sensualidad de su cuerpo al moverse con la música.

Julio detuvo la moto frente a la casa inmensa de piedra de los González, no esperó mucho a ver aparecer por el portón a su amigo Yoel. Le sonrió y el otro le palmeó la espalda.

-¿Te pasaste por el río? –Le preguntó apoyado en la moto. Yoel lo miró divertido.

-Aquello está petado de víboras a la caza. –Julio sonrió.

-Con Ágata de escudo no vas a tener problemas.

-Esa es otra más. No sé cómo me la voy a quitar de encima.

-¿Te enrollaste con ella?

-Una vez.

-¿Y qué tal?

-Normal.

-Y así con todas. Ya casi te has merendado a medio pueblo.

-Porque el otro medio te lo has merendado tú. –Se rieron.

-No tanto.

-Vamos a jugar unas partidas, allí por lo menos no se meten con nosotros. Estoy cansado de mi madre, está empeñada en que termine la carrera con novia incluida.

-Y le tienen echado el ojo a Ágata que es la hija de sus vecinos, así las dos bodegas se podrían unir y seríais más ricos.

-Estoy harto de esconderme Julio, en Tarragona me anda detrás la Joana con toda la fortuna de sus padres y aquí la Ágata con los viñedos de los suyos.

-¡Pobrecito!

-No sabes lo que he pasado estos cuatro años en la uni haciéndole la cobra a la tía esa que no entiende la sutileza de mis negativas, cada vez que salgo a Salou tengo que hacerlo sin que se entere o no hecho un polvo en todo el curso.

-¿Y qué más te da que se entere? Eres un tío, tienes que follar.

-Porque no quiero tener problemas con sus padres, no vaya a ser que se lo tomen a mal y jodan a los míos. En este negocio es mejor tener amigos que enemigos y yo no he ido a estudiar para fastidiar a mi familia. Además, no la descarto como pareja, sino encuentro a otra mejor.

-Pues menudo rollo. Prefiero ser pobre.

-Cuando termines con tu carrera no lo serás, se te rifarán.

-Tampoco será para tanto. Aunque me gusta lo de la IA, hay proyectos alucinantes.

-Y tú estás en alguno de los mejores, te conozco.

-Algo así. Vamos al bar a ver si machacamos a Martín.

-Uy no quiero meterme mucho con ese que le he levantado a María en las vacaciones de semana santa.

-¿Y aún anda estreñado por eso?

-Es un rencoroso de cojones.

Se fueron riendo al bar y se echaron una hora jugando a las cartas con el grupo habitual.

Mirella sudaba a mares, decidió detenerse y ducharse. Salió refrescada y con una inquietud que le hacía desear salir e ir de fiesta por ahí. Pero era jueves y hasta el día siguiente no iría con las chicas a ningún lado. A Enmi no le gustaba eso de las fiestas, era más un topo de biblioteca que un vampiro de la noche. Pero a Mirella le gustaba demasiado bailar como para dejar pasar la oportunidad de hacerlo en cualquier momento. Y, aunque no le pedían a bailar como a sus amigas, porque mayormente no se arreglaba nada y rehuía cualquier acercamiento con los chicos, no impedía que bailara como una loca las cumbias, y las rumbas y cualquier otra cosa con sus compañeras.

Sin embargo, bailar en su cuarto era mucho más emocionante porque allí su cuerpo se mostraba para ella, no estaba debajo de prendas que no le permitían disfrutar de los movimientos por ser demasiado inmensas, era como bailar debajo de una tienda de campaña. Nada sensual.

Pero se había pedido ropa por internet, minifaldas ceñidas, tops que dejaban al descubierto su cintura, vestidos preciosos y pantalones cortos que acariciaban sus curvas.

Le habían llegado esa mañana y pensaba ponérselos el viernes cuando fueran a la fiesta del pueblo vecino. Había decidido que ya estaba bien de ocultarse, Mirella Vieitiz saldría a la luz porque pronto se iba a marchar y necesitaba empezar a mostrarse a los demás, necesitaba encontrar la fuerza que la ayudaría a irse de allí.

Tocó el bikini blanco y supo que nunca se lo pondría allí. No sabía por qué lo había comprado. Pero no tenía ninguno nuevo desde la muerte de su madre y su cuerpo había cambiado mucho en casi cinco años porque a finales de agosto cumpliría los dieciséis. Tal vez cuando fuera a la universidad...se rio, en dos años su cuerpo podría cambiar más.

Era una tonta.

Se probó un vestido color carne, le ceñía todas y cada una de sus curvas. Y sin sujetador era un verdadero escándalo. ¡Qué porras, ni siquiera llevaba las bragas!

La tela suave la abrazaba y la excitaba. Se colocó de nuevo los auriculares y la música se la llevó por delante.

-Se me había olvidado. -Aquello detuvo a Julio. -La pieza del coche que tenías que darme para mi padre.

-La tengo en el taller. -Julio era el sobrino del dueño y tenía las llaves, muchas veces cerraba él. Subieron a la moto y se fueron para allá. Dejaron la moto enfrente de la puerta pequeña de acceso a la nave y entraron para buscar la pieza. -Aquí está. -Le entregó una caja y le dio una bolsa para meterla dentro.

Yoel salió y esperó a que Julio cerrara. Un movimiento lo distrajo, enfrente había una luz en la planta de arriba de la casa donde vivía la ratita.

Curioso, se quedó mirando las cortinas blancas, entonces la figura de una mujer desnuda lo dejó con la boca abierta. Se movía al ritmo de una canción de una forma que lo puso duro en un instante. Julio le iba a comentar algo a su amigo cuando lo descubrió absorto mirando al frente. Donde la casa de la ratita.

Miró él también.

¿La ratita era aquella sirena sin ropa? Por un momento pensó que sería una amiga, algún pariente del que nadie sabía, pero los pensamientos se le fueron de la cabeza con su baile, levantaba los brazos ondulando, dejándolos caer sobre su cuerpo que no estaba desnudo, era como si llevara algo pegado a él. Tocaba sus pechos, sus caderas, se deslizaba hacia abajo, regresaba subiendo lentamente, acariciándose.

Julio se empalmó mientras la seducción de la sirena lo hipnotizaba.

No supieron cuánto estuvieron así antes de poder hablar.

- ¿Es ella? -La voz de Yoel sonó muy ronca.

-¿La ratita? Creo que sí.

-Increíble.

-Siempre esconde el cuerpo.

-¡Y qué cuerpo!

-Siempre lleva trenzas.

-Tiene una melena alucinante, se mueve sola.

-¿Pero qué le pasó a la ratita?

-Mudó la piel. -Yoel y Julio la llamaban la ratita porque siempre andaba espiando por las cortinas de su cuarto a los tíos del taller. Julio se dio cuenta y se lo comentó a Yoel que le puso ese mote.

Mirella era casi cinco años menor que ellos, nunca se le habían acercado para liarse con ella, lo mismo que no lo hacían con el resto de las yogurinas del pueblo.

Pero aquella yogurina en particular ya no se lo parecía ni un pelo a ninguno de los dos.

La luz del cuarto se apagó y ellos siguieron un rato más mirando embobados la ventana y esas cortinas que habían sido el refugio de una embustera.

Julio miró a Yoel, Yoel miró a Julio.

-Esta vez no cedo. -Afirmó Yoel. Julio frunció el ceño.

-Yo tampoco.

-Que gane el mejor, entonces.

-El mejor y el que se quede aquí, tú te vas en dos meses.

-¡Serás cabrón!

-No soy el ricacho que va a la súper universidad de Rovira lo que sea. Yo voy a Ourense y vivo en el mismo pueblo que la ratita.

-Ya veremos quién gana.

-Ya lo veremos.

Y decididos se fueron con la moto.

La suerte estaba echada.

Salir de casa bastaba para que Mirella tuviera ganas de correr y esconderse. Seguramente ya estaba roja como un tomate, aunque muchas veces se miró al espejo, cuando sentía que se ruborizaba, y no veía ningún manchón rojizo en sus mejillas.

Sin embargo, la sensación era muy molesta y estaba segura de que todo el mundo se lo notaría. Apresuró el paso con la cabeza baja y no dio resultado. Los del taller estaban allí. Mirándola.

Lo sabía.

Su paso se hizo más rápido y maldijo en silencio su inseguridad. Si fuera como otras levantaría la barbilla, menearía el trasero y dejaría que sus pechos se balancearan también al ritmo de sus pasos.

Pero ella era una cobarde de categoría uno.

A veces se preguntaba qué tanto de mal había en ella para ser así. Todo era de lo más normal, nada por lo que sentirse tan insegura. Cuando se miraba al espejo veía a una chica corriente de ojos verde claro, pelo oscuro, y delgada, salvo el pecho. El pecho de Mirella la acomplejaba muchísimo y siempre lo escondía tras inmensas camisas o jerséis. Como era Julio, tocaban las camisas. Así que allí iba, lanzada por la acera de su pueblo con una camiseta blanca de manga corta y unos vaqueros con sus correspondientes deportivas.

Estaba harta de ser así, harta de esconderse. Y por eso esa noche dejaría de lado todas sus inseguridades y sería como la Mirella que bailaba en su cuarto, la que estaba contenta con su cuerpo.

Su abuela le había encargado que fuera a la ferretería para recoger un pedido de unas tablas que luego su vecino colocaría en la cocina.

Enmi la interceptó cuando casi entraba en el establecimiento.

-¿Qué tal? ¿Al final vienes al río o no? –Otra vez.

-Claro. –¿A dónde sino se podría ir por allí con quince años?

-Vale. No te olvides, a las cuatro. –Se despidió con la mano y se va hacia la plaza donde está su casa.

Mirella hace el recado y se sorprende cuando le dan cuatro tablas de casi su altura envueltas en un plástico. Pesaban bastante y le iban a dar mal llevar. Su abuela siempre la metía en fregados.

Si fuera como ella se las pondría en la cabeza con un paño y a andar.

Pero su cuello no tenía esa resistencia, seguro que se lo torcía si intentaba ponerlas en la cabeza.

-No sé si podrás tú sola con esto. –Mirella las cogió, era más fuerte de lo que parecía. Una casa con dos mujeres solas, una de ellas una anciana de ochenta años, no permitía a las escuálidas.

Pesaban y probablemente tendría que ir parando y eso le dijo con una sonrisa al encargado Miguel que se encogió de hombros ante su tozudez en no esperar a que él se las acercara.

Haría ejercicio.

-¿Necesitas ayuda? –Mirella masculló una maldición. Ya empezaban a ofrecer ayuda los vecinos. Se volvió para decir que no cuando vio detrás de ella a Julio.

El no, se le quedó atrapado en los labios que se le abrieron de la sorpresa. Y de la excitación. Una cosa era verlo a través de cortinas y otra allí, a menos de un metro de ella. Hasta le llegó su olor, a frescor y colonia de afeitado. –Dame las tablas. –Le sonreía a ella. ¡A ella! Sus manos sujetaron con fuerza las tablas contra su cuerpo, las manos de Julio agarraron las maderas pegadas a las suyas, su torso ya estaba mucho más cerca del de ella. Lo miró a los ojos castaños que brillaban de alegría. –¿Vamos a luchar por ellas? –Dijo divertido al ver que ella no cedía. Estaba tan cerca que sintió su aliento en la cara y eso la mareó, necesitaba responderle. Apartarlo. ¿Por qué lo quería apartar? Confusa le murmuró.

-Puedo sola.

-Lo sé, pero me dejarás quedar como una mierda si me rechazas la oferta. –Mirella nunca había tonteado con un chico, y le dio la impresión de que Julio esperaba una respuesta brillante.

-¿Vas a insistir mucho? –Aquella respuesta llena de inquietud debió de ser la correcta porque él asintió sonriendo. La boca de Julio era una maravilla escultórica.

-Insistiré todo el camino hasta tu casa.

-Toma. –Le entregó las tablas que le estaban pesando una barbaridad, sus manos se rozaron, su cuerpo sintió el dorso de las enormes manos de Julio en los sitios dónde apretaba la madera para que no

se le cayera, no se atrevió a levantar la cabeza porque estaban muy juntos y ya la descontrolaba bastante su cercanía.

Al apartarse con las maderas sujetas, Julio observó el embarazo de Mirella y se dijo que seguía aparentando ser la misma ratita de siempre, pero a él no lo engañaría más. Casi no podía apartar la vista del pecho cubierto por la enorme camisa, se lo había rozado a posta cuando le quitó las tablas, era suave y blando y sintió uno de sus pezones. Mirella se había excitado. Y él también.

Mirella suspiró de alivio antes de darse cuenta de que ahora tendría que darle charla y no sabía de qué hablar con un tío tan mayor que además le gustaba un montón. ¡Era su sueño! No debería salirse del sueño. ¿Qué iba a hacer con un sueño hecho realidad?

-¿Vas a la playa hoy?

-Sí.

-¿Con tu amiga? –Lo peor de los pueblos pequeños es que se sabía todo de todos.

-Sí. –Le encantaría ser como Marga que hablaba por los codos.

-Entonces te veo allí.

-Claro.

-¿Cómo vas? –Yoel apareció por detrás de ellos y sonrió a Julio. –¿Vienes al río esta noche?

-Puede, ya veremos.

-Ha venido una prima de Ágata que quiero presentarte.

-A lo mejor hoy no puedo, pero te lo digo, ¿oki?

De pronto Yoel mira a Mirella como si no se hubiera enterado hasta el momento de su presencia. Pero la descarta de inmediato.

-¿A qué andas? –Yoel señala las maderas con la vista.

-Levantando pesos. –Comentó con sorna. Yoel desvió de nuevo la mirada a Mirella unos segundos y frunció el ceño, a Mirella nunca le había caído bien ese tío por lo que desvió la mirada hacia sus tenis.

-Espero que obtengas la recompensa que te mereces por el esfuerzo. –El sarcasmo le pareció un insulto a Mirella que no se dignó a soltar lo que tenía en la punta de la lengua, sorprendida a la vez por ese arrebato inusual en ella que solía contenerse siempre con paciencia.

-No me muevo buscando recompensas, lo hago por placer. –Esa respuesta sí que le gustó a Mirella que levantó la vista agradecida hacia el perfil de Julio que parecía muy cómodo con la conversación.

-Parece que, aunque no lo quieras, te llevarás la recompensa igualmente. –Los ojos de Yoel se clavaron en los furiosos de Mirella.

-Me encanta hablar contigo Yoel, pero ahora estoy un poco liado de modo que quedamos por la tarde en el río y seguimos esta interesante conversación.

-Nos vemos. –Y se fue despreciando totalmente a Mirella en su despedida.

-Lo siento. Es un poco...-Julio intentaba disculpar a su amigo.

-No pasa nada. –Julio detectó algo en su voz, rabia y otra cosa, como dolor. Un sentimiento de protección lo llenó sin poder evitarlo. Quería estar a solas con ella, arrancarle cualquier dolor, consolarla.

Mirella agradeció y al mismo tiempo sintió rabia por el descarado desprecio de Yoel. Como si ella fuera una caca en la acera que hay que evitar. Sus mejillas debieron empezar a echar humo, bajó la vista al suelo y mantuvo el paso de su compañero. Yoel había sido muy cruel con ella en un momento muy delicado de su vida y eso nunca se lo perdonaría. Había sido un asqueroso egoísta con quince años y dudaba de que hubiera cambiado mucho con veinte.

-¿Te dejan salir por la noche? –La pregunta la tomó desprevenida y contestó por instinto.

-Nunca me lo prohibieron. –Al momento se dio cuenta de lo que había dicho. No sabía si la dejaban salir por la noche. Solo salía con sus amigas a las fiestas y porque eran los padres los que las llevaban en coche.

-Ven esta noche conmigo al río. –Era una invitación increíble si pensaba en la de veces que había suspirado por estar con él. Pero salir por la noche con un chico...y al río...allí se reunían los mayores a beber, bailar y...bueno a lo otro también. Sin embargo, volvió a hablar sin pensar.

-Vale. –La sonrisa que le dedicó Julio iluminó el sol. Mirella no se lo podía creer, qué podía querer de ella un tío de diecinueve años tan guapo como él. De hecho, Yoel y Julio eran los pavos más guapos del pueblo según muchas chicas, ella solo apostaría por Julio, Yoel la incomodaba demasiado como para mirarlo lo suficiente con buenos ojos y poder dictaminar sobre su belleza.

Además, ella nunca había esperado que nadie se fijara en ella. Mirella y Enmi no eran conocidas por sus poderes de seducción que se dijera.

Llegaron a la puerta de la casa de su abuela y Julio la despidió deprisa porque tenía que ir a hacerle un recado a su madre.

¿Tenía una cita con Julio?

¡Tenía una cita con Julio!

Metió dentro las tablas y como su abuela no andaba por allí, subió a la habitación y cerró la puerta con pestillo. Su abuela era de las que llamaban a la puerta después de entrar.

Llamó de inmediato a Enmi, no era cosa de decirle aquello por wasap.

-¿Qué pasa?

-Tengo una cita. –El tono ansioso despertó la curiosidad de Enmi.

-¿Con quién?

-Con él.

-¿Con él?

-¡Sí!

-Pero cómo...

-Me ayudó a llevar las tablas desde la ferretería hasta mi casa y me lo preguntó, si quería ir esta noche al río.

-¿Vas a ir?

-Le dije que sí. Es que me pilló de sorpresa y le dije que nadie me impedía salir por la noche.

-Y es verdad.

-Pero no sé si lo es o no. Nunca se me ocurrió preguntar.

-Pues vas a tener que salir sin que se entere tu abuela y eso no es difícil.

-Pero se puede enterar, aquí todo se sabe.

-Pero como tú has dicho, nunca te lo prohibieron y no creo que a tu padre le importe mucho, siempre te deja a cargo de otros en las fiestas, él tiene sus rollitos en Ourense y nadie dice nada, ni su madre.

-Mi abuela es de la vieja escuela, los hombres son libres de hacer lo que les pete.

-Tú vete y si luego te lo prohíben, que te quiten lo bailado.

-Vale. Pero me muero de nervios, no sé qué ponerme, no sé qué le voy a decir, ¡no sé nada!

-Pues yo menos, así que tendrás que aprender sobre la marcha.

-¡Dios!

-Chao. –Y lo dijo con recochineo. Ya le llegará la hora a ella.

Mirella abrió el armario y miró la ropa que tenía, ¿Se atrevería a ponerse lo que se había comprado?

¿Se atrevería a ponerse el bikini? La idea la aterró. Tampoco tenía porque sacarse la camisa, ella nunca se metía en el río, además, si Julio le pidió salir es que ya le gustaba un poco tal y como era ¿no?

Pero la mujer que llevaba dentro le decía que tenía que ponerse algo bonito por lo menos esa noche y todo lo bonito suponía lucir su pecho. ¿Se atrevería?

¡Si nunca se había quitado la camisa en el río! Nunca se había bañado. Solo enseñaba las piernas y ya estaba.

¡Qué vergüenza!

Se enfadó consigo misma, había decidido dejarse de vergüenzas, había decidido ponerse un vestido que la luciera esa noche en la fiesta. Había decidido que ese sería el primer día de su nueva vida y no se iba a echar para atrás.

Se compró ropa porque necesitaba hacer algo para ella, dejar de pensar en la muerte de su madre, en su abandono, dejar de querer ser invisible. Desde que había tomado la decisión de marcharse definitivamente de Leiro y de su pasado, quería ser más ella misma, y Mirella Vieitez no era una cobarde, no tenía porqué esconderse, nadie le haría más daño porque no le importaba nadie. Nadie volvería a abandonarla porque no tenía a nadie.

Sabía que lo de Julio podía ser cualquier cosa, su interés por ella podría irse de la misma forma que se iban las personas en su vida. Julio no duraba mucho con ninguna chica, de eso tenía fama. Pero ella deseaba sus atenciones, deseaba que la acariciara, deseaba...lo que quisiera darle que era mucho más de lo que ella había esperado de él. Y luego se iría de Leiro, porque eso lo deseaba mucho más que nada. Apartarse de los recuerdos, del dolor, de la culpa...

Rechazó ese sentimiento, ella no tenía culpa de la muerte de su madre, pero si hubiera ido con ella...hubieran muerto juntas.

Tomó aire alejando las lágrimas que se agolparon en sus ojos. No iba a llorar el primer día de su libertad.

Capítulo 2

A las cuatro estaba en la playa fluvial y encontró a Enmi sentada en la hierba con el móvil en la mano tecleando algo.

-Hola.

-¿Al final ya encontraste lo que vas a ponerte?

-Algo se me ocurrirá. –No quiso decirle lo que pensaba llevar porque si le decía la más mínima crítica, se pondría un saco para que no la viera nadie. Ya estaba bastante inquieta con todo el asunto de la cita. En realidad, nunca esperó que él se fijara en ella, esto era un sueño hecho realidad, y todavía no lo había asimilado.

-No hace falta que me mientas, además cualquier cosa que te pongas te quedará bien, eres muy guapa, ¿no lo sabías?

-Sí, soy Mis Leiro.

-Bueno, no tanto, pero tienes tu puntito. –Le coge la mano y se la aprieta. Por eso es su amiga, porque la quiere lo mismo que ella.

-Ya están ahí todas.

-Y gritando y haciendo el tonto, por variar.

-Son felices y quieren llamar la atención.

-Y como nosotras queremos impedirle, pues aquí estamos y allí están ellas.

-Es verdad. –Y se ríen.

-¿Cómo vais? –La voz de Julio las sorprende.

-Bien. –Contestó Enmi con la sonrisa en la boca todavía. Julio se sentó al lado de Mirella y le puso la piel de gallina. A punto estuvo de alejarse de un brinco. ¿Era eso normal? ¡Tendría que desear que se le acercara más!

-¿No os bañáis? –Le miraron asustadas, Enmi tampoco se bañaba nunca, era algo regordeta y solía cubrirse el cuerpo más que Mirella que por lo menos se dejaba solo la camiseta holgada y tenía las piernas al aire.

-El agua está fría. –Contesta por inercia Enmi. Siempre decían lo mismo.

-Solo al principio. ¡Vamos! –Y va y se quita la camiseta gris y el pantalón de chándal. Se lo quedaron mirando con la boca abierta, literalmente. La sonrisa de picardía de Julio les indicó que sabía muy bien que les gustaba lo que veían.

Mirella jadeó cuando la levantó de un tirón.

-¡Quítate la ropa y vamos, prometo no ahogarte!

-¡Espera! –Pero Julio tiró más y la empotró contra su pecho. Tuvo que colocar la mano sobre su piel caliente y abrió los ojos sorprendida porque solo notó lo suave que era. Su pezón se había endurecido en la palma de su mano y levantó la vista avergonzada de haberlo tocado.

-Vamos. –La voz era muy ronca, Mirella no podía dejar de mirarlo, sus labios perfectos seguían sonriendo, provocando.

-¿Qué haces tío? –La voz de Yoel rompió el hechizo, Julio soltó a Mirella y se volvió hacia su amigo.

-Intentaba convencerla, pero no hay manera. –Se refería a Mirella que deseó con todas sus fuerzas hundirse en la tierra y desaparecer.

-Pues vamos, para el que no quiere, yo tengo mucho. –Y riéndose a carcajadas se fue corriendo directo al agua.

-¿No vienes? –Julio miraba a Mirella intentando convencerla, ella simplemente negó con la cabeza y él sonrió derrotado. Se giró y se fue siguiendo las huellas de su amigo.

Mirella se sentó al lado de Enmi porque le temblaban las piernas y le cosquilleaba la palma de la mano dónde lo había tocado.

-Creo que ellas desearían haber estado aquí. Nos miran raro. Y ya no gritan. Y es normal, se han acercado a nosotras los pibones de Leiro. –Enmi comienza a reír a carcajada limpia. Mirella la mira consternada con ganas de desaparecer de nuevo y mira hacia el grupito de conocidas que en verdad andaban cuchicheando a saber qué de ella.

-Me gustaría irme. –Si se atreviera con su nueva vida se sacaría la camiseta y se quedaría con su bikini blanco dejando respirar a su cuerpo. Parecía que aún no estaba preparada. ¿Y si se acojonaba e iba por la noche con un saco en la cabeza? ¿Sería capaz? Ni siquiera se había quitado las trenzas para ir al río.

-Pero no lo harás porque nosotras no huimos y menos al primer asalto. –Era verdad, ella había decidido no esconderse más. Pero...es que él era...

-Míralo, es guapísimo, y su cuerpo...

-Lo sé. Es un bocado demasiado grande para nosotras.

-Exacto. Le voy a decir que no puedo ir esta noche, le voy a decir que no me gusta...

-Ja. No eres capaz de abrir la boca cuando está cerca y me cuentas que vas a tener las narices de decirle al pibón de Leiro que rechazas sus atenciones. Me meo Mirella. –Y le palmea la espalda a su amiga.

-Estoy acabada. –Mirella se cubre la cara con las manos apoyándose en sus rodillas dobladas.

-Está saliendo del agua y las chicas lo están asediando. Mira como les sonrío. Las tiene a todas pilladísimas. Y el Yoel ya es el nova más. Ese sí que es guapo de narices. Pena que la Ágata lo tenga agarrado por los huevos. No lo suelta ni a sol ni a sombra. Ahí está con su bikini carísimo luciendo tipo y sus garras de rojo afiladas sobre el cuerpo de su amadísimo ¡Qué parejita!

-Se me está revolviendo el estómago. Hablar de Yoel hace que se me revuelva más. Es un tío desagradable y estúpido.

-Y te doy toda la razón. Nunca he visto a un tío tan creído como él. Claro, sus papis son los de las bodegas más influyentes de Galicia y él anda estudiando enología en Tarragona, y si le sumas lo estupendo que está, pues ya tienes loquitas a mujeres de Galicia y extrarradio. ¿Cómo no va a ser creído?

-Dejemos al divo y pasemos a que me quiero marchar.

-Lo siento, el pibón viene hacia aquí. –Mirella siente la fascinación de un animal en el momento en el que su depredador le va a hincar el diente. Está paralizada observando la masa de músculos ondulantes de Julio yendo en su busca.

Y se siente un puñetero conejo.

Aplaca los nervios y toma aire. El miedo no es productivo y no es real. A fin de cuentas ¿qué le puede pasar? Está a salvo rodeada de gente que además la miran con atención. Julio no podrá atreverse a hacerle nada.

¿Por qué se interesaba ahora en ella? Llevaba toda la vida delante de su casa, encontrándose a cada paso en el pueblo, y nunca le había prestado la más mínima atención.

Respiró despacio buscando calma y apenas lo consiguió cuando él se sentó a su lado de nuevo.

-No estaba fría. –Esa aclaración la disgustó. No entendía ni siquiera porqué, pero la rabia la inundó. Se mordió la lengua por hábito. Mucho tenían que picarla para que saltara.

-Me alegro por ti. –La respuesta tuvo un tono mordaz a su pesar.

-¿Te he molestado? –Su dulzura la desarmó por completo.

-Perdona.

-No quise presionarte.

-Es igual. No pasa nada.

-¿Quieres tomar un refresco?

-No. Creo que me voy a marchar. –Julio le cogió la mano y detuvo su huida.

-¿Vendrás por la noche? No me dejes colgado por favor. –Le apretó la mano suavemente, ella se la soltó y se puso en pie, él la imitó.

-Iré. –La sonrisa de Julio fue deslumbrante y le produjo dos sentimientos a Mirella, confusión y embelesamiento.

-Te acompaño. –Enmi la hizo regresar a la realidad.

-Hasta la noche. –Se despidió de ella Julio marchándose hacia su grupo de amigos.

-No sé porque no le he dicho que no.
-Porque se te caen las bragas cuando lo ves y no sabes ni lo que dices ni lo que piensas.
-Correcto. –Y se marcharon de la playa fluvial sin darse cuenta de que fueron el centro de atención durante unos segundos.

...

-Te has lanzado en picado. –Lo pinchó Yoel.
-No puedo quitármela de la cabeza, y es tan dulce...
-Lo imagino.
-¿Cuándo vas a atacar?
-Ni loco te lo cuento, así no me lo placarás. –Se rio, pero su amigo no.
-Me gusta mucho.
-Vamos Julio a ti no te duran ni un pitillo.
-Ella es distinta.
-El tiempo lo dirá.
-No quiero que le hagas daño.
-Lo mismo podría decirte a ti. ¿Y si resulta que es el amor de mi vida? –Julio lo miró extrañado por el tono beligerante. Ágata se acercó a ellos.
-Primero tendrías que librarte de tu víbora particular que por cierto viene a hincarte el diente.
-Sabes que eso no es problema para mí. Ni para ti. Nos dedicamos a eso, a quitárnoslas de encima después de enrollarnos con ellas.
-Ella es muy joven.
-¿Intentas que desista?
-Yoel cariño, me siento muy sola. Vamos al agua. –Le rodeó el cuello con los brazos, Yoel y Julio estaban sentados en la hierba.
-Ahora no. Más tarde. –La chica se vio apartada del cuello de su víctima y se reincorporó con los brazos en jarras.
-A lo mejor luego no puedo yo.
-Okey. –Ágata frunció el ceño y se fue enfurruñada junto a sus amigos.
-Muy buena técnica Yoel. Muy buena.
-Las tuyas no son mucho mejores.
-¿En qué nos hemos convertido amigo?
-En depredadores.
-No me gusta ser un depredador, yo solo tengo necesidades y las que vienen conmigo también. Es un toma y daca. Es cierto que a veces algunas se ponen tontas, pero se les pasa enseguida. No he dejado atrás nada importante, pero pronto voy a terminar la carrera y supongo que alguna me pillaré.
-Solo si tú quieres que te pille. -Yoel miró a su amigo a la cara y sus ojos lo esquivaron. -¿No estarás pensando en tener algo duradero con la ratita?
-Cuando estoy con ella me dan ganas de protegerla. Incluso de mí.
-¡Estás chiflado! Es una más, una muy tímida y que está muy buena, solo es curiosidad, cuando la tengas, te olvidarás.
-¿Eso quieres hacerle tú? ¿No piensas ni por un instante que te pueda gustar de verdad?
-Tengo veinte años y nunca me ha interesado en ese sentido ninguna mujer.
-Tus padres tienen un buen matrimonio, ¿no quieres tú eso? –Yoel, que sabía los problemas que tenía en casa su amigo, se entristeció por él. Y al tiempo se preguntó por qué no se interesaba, como uno de esos tontos enamorados, de una mujer. Era verdad que sus padres se querían mucho.

-No lo sé. –Respondió con sinceridad y de pronto se sacudió mentalmente aquella extraña conversación. –Vamos al agua. Estamos hablando chorradas. –Se levantó y no esperó a que su amigo lo siguiera. Cuando se metió en el agua refrescante se preguntó si no estaba huyendo de algo. Julio apareció a su lado y comenzó la guerra.

Cuando entró por la puerta de su casa, se fue directa a su cuarto. Echó un ojo por la ventana y se negó a buscar con la mirada el interior del taller, sabía que él estaba en la playa todavía, pero la costumbre de buscarlo por entre las cortinas de su cuarto era muy fuerte.

Muchas horas se había pasado desde hacía tres años husmeando su trabajo, le encantaba observarlo, le encantaba contemplarlo en el pueblo, en ese trabajo temporal, en cualquier lugar. Estaba embobada con él, pero no sabía qué hacer con su repentino interés por ella.

Detrás de las cortinas se sentía segura y anhelante. Ahora estaba inquieta y anhelante y miró la ropa que iba a llevar y se arrepintió otra vez.

Su primera cita con un chico y era con el que le gustaba desde hacía años.

¡Normal que estuviera nerviosa!

Se duchó y se peinó, su pelo se volvía ondulado con solo enroscar cada mechón muy apretado de arriba abajo y pasarle el secador.

Se miró al espejo y vio un brillo en sus ojos y en su piel que no había estado allí antes. ¿Se estaba escondiendo el conejo que habitaba en ella?

No quería ponerse maquillaje, su piel era suave y sin imperfecciones. Algo bueno que podía decir de ella. Un punto.

Faltaba una hora para las nueve. Ellos siempre se reunían a las nueve en un sitio del río con mesas donde llevaban bebidas y charlaban hasta las tantas. Lo sabía por los comentarios de algunas de las chicas del instituto. A ella nunca le habían dicho de ir. Tampoco le había apetecido.

Hasta ahora.

Se puso la ropa a modo de prueba y no se reconoció en el espejo. La blusa blanca sin manga se ceñía a su cuerpo, le había dejado varios botones sin abrochar y se veía la suave curva de sus senos por la abertura en uve. Se había atado los extremos en un nudo y su cintura desnuda no se veía nada mal. Lo remató con un pantalón vaquero corto negro que se amoldaba perfectamente a su trasero y a sus piernas.

Los deportivos blancos alargaban sus piernas.

El pelo le llegaba a la cintura y le producía cosquillas al caminar.

¿Esa era ella?

¿Y cómo iba a salir a la calle así?

Agarró una chaqueta enorme de color negro y se la puso por encima. Al anochecer al lado del río iba a refrescar y a haber humedad. Excusa perfecta para llevarla.

Aquella ya volvía a ser ella. La cobarde coneja.

El disgusto le hizo quitar la chaqueta y tirarla al suelo.

No iba a esconderse hoy. Hoy no iba a ser un conejo.

¿Qué podría ocurrirle?

Su cuerpo tembló de anticipación. Y Mirella apartó de sí las imágenes del cuerpo de Julio y de sus manos.

Ya está. Tenía una cazadora vaquera normalita que nunca se ponía porque prefería llevar chaquetas enormes o jerséis.

Se la puso y ahora sí.

Volvía a ser Mirella la desconocida. La que se arriesgaría a salir así a la calle.

Su casa daba al río por la parte de atrás y podía tomar ese caminejo para llegar hasta el lugar de reunión sin que la vieran los vecinos.

Solo faltaba media hora. Pero su inquietud la hizo salir de la casa. Ya había cenado con su abuela que lo hacía a las siete de la tarde porque si no le sentaba mal la comida y Mirella se había acostumbrado a acompañarla. Le había dicho que se acostaría pronto a ver una serie en su portátil y como lo hacía siempre, no preguntó nada.

Sin ponerse la cazadora, porque hacía demasiado calor todavía, se metió por el camino estrecho y se fue directa al río. Allí ya había gente. Todos chicos que tan pronto se dieron cuenta de su presencia se quedaron mirándola. Y Yoel era uno de ellos que dejó de hablar con otro para acercarse a ella.

-¿Caramba, eres la misma que estaba hoy en el río? –Sus ojos inspeccionaron minuciosamente el cuerpo de Mirella como si le costara reconocerla con aquella exhibición anormal en ella. Estaba mucho mejor así que detrás de unas cortinas. Le llegó su olor a limón y canela.

-Soy a la que te sobra que dar porque no quiere nada. –No supo cómo pudo lanzarlo con tanto sarcasmo. Desde luego con este no perdía la lengua. Yoel abrió los ojos sorprendido y de repente se echó a reír. Mirella no podía creerlo. Se reía de ella. -¿Podrías apartarte del camino? –Se encontraban en un punto en el que la maleza no dejaba más paso que el de una persona.

-No. –La cara de Mirella reflejó confusión. -¿Otra respuesta afilada?

Mirella lo miró de arriba abajo con desprecio y se dio la vuelta sin dignarse a contestar. Ya volvería más tarde. No sabía de donde salía esta nueva e iracunda Mirella. Estaba muy confundida por su reacción, y eso la enfadaba. Una mano le sujetó el brazo y la hizo girarse de nuevo.

-¿Eres una princesa de hielo? –Su mano no la apretaba, pero la mantenía retenida. Mirella se negó a dejarse amilanar por ese insecto que en su día la tildó de llorona insoportable.

-No soy de hielo. Simplemente me molesta tu presencia. No te soporto. –La sinceridad abrió los ojos de Yoel de estupefacción.

-¿Y eso por qué? Ni siquiera nos conocemos. –Y ni siquiera lo recordaba el muy capullo.

-Porque eres un prepotente que si no se hace lo que quieres te pones a insultar y a usar la fuerza. –Miró significativamente su brazo apresado. No había cambiado nada. Seguía siendo el chaval de quince años con pataleta porque su padre no quería salir después de la muerte de su amiga de la infancia y la tomó contra ella por no conseguir su deseo de que lo llevara a un partido.

-Has sido tú la que empezó a insultar con tus respuestas de arpía.

-Entonces te pido disculpas, ¿me sueltas ya?

-Solo si vienes conmigo y con el resto. ¿Quedaste con alguna amiga?

-Quedé con Julio.

-De acuerdo. Pues vamos, seguro que llega pronto. ¿Cómo era tu nombre?

-Me llamo Mirella, Yoel. –Hizo hincapié en su nombre para que comprendiera que se conocían desde niños y los dos sabían muy bien sus nombres. Que dejara de hacerse el idiota.

-La Ratita. –Lo dijo sin pensar por la costumbre de llamarla así, casi había olvidado su nombre.

-¿Más insultos?

-Perdona. Se me escapó. Es que Julio y yo te llamamos así.

-¿Ratita? –Ese era un mote feo, le desagradó un mundo que Julio la llamara así. Tiró de la mano y se soltó.

-No te enfades, es una broma entre nosotros.

-Podías haberte ahorrado la información.

-Ya te dije que no lo hice a posta. ¿Eres siempre tan arisca?

-Te lo dedico en exclusiva a ti.

-Gracias entonces. –Se apartó del camino dándole paso franco a la zona donde ya habían llegado las chicas por los otros caminos. Mirella caminó insegura, debería haber llegado mucho más tarde pero su impaciencia la fastidió.

Ágata se lanzó sobre Yoel mirando a su acompañante con mala cara. Yoel le sonrió, pero la apartó con firmeza.

-¿Eres Mirella? ¿Qué te has hecho? –Le preguntó casi desafiante la chica.

-¿Cómo te va Ágata? –No se dignó a contestar semejantes chorradas y se fue hacia el grupo de gente. Mirella no entendía lo qué le pasaba, normalmente era tranquila y se apartaba de los demás. Conocía a todos ellos de vista o de hablarles algunas veces, los padres de varios la habían llevado a las fiestas porque se turnaban con los hijos de los demás, pero ella siempre estaba con Enmi y la echaba en falta.

Resuelta a que no se le notara la timidez se sentó encima de una de las mesas y aceptó un vaso de plástico con una mezcla de cola y gin. Lo de beber no era problema, bebía vino desde pequeña y también licores, sobre todo le gustaba el licor café bien cargado de aguardiente.

La bebida que le ofrecieron tenía bastante ginebra de modo que tiró un poco y le pidió a José, el encargado de las mezclas que le echara un poco más de cola.

José era de los chistosos del pueblo, siempre le gustó escucharlo y él parecía emocionado con su atención. Mirella no entendía qué ocurría, varios chicos se le acercaron a charlar y bromear con ella cuando nunca le habían hecho ni caso.

Entre eso y su propia confusión por no sentirse tan cohibida como en otras ocasiones, sentía que era otra persona diferente.

A lo mejor la bebida también ayudaba algo.

Yoel se había alejado con Ágata y no se los veía por ningún lado. Eso la reconfortó porque no aguantaba a ese estúpido. Y, además, todos sabían que esos dos se enrollaban siempre que podían. Ágata estaba muy pillada por él y como sus familias eran de dinero, pues aceptaban contentos esa relación.

Julio no apareció. Parecía que la historia iba a terminar antes de empezar. ¿Y qué se había esperado? Ella era la ratita.

Mirella aprovechó su ausencia sin dejarse hundir por el plantón. Rio, jugueteó y se divirtió tratando de olvidar que era una ratita a la que se podía desdeñar. Fortaleció los lazos con gente del pueblo y quedó con varios para hacer cosas. Se le llenó el wasap de contactos y regresó con un grupo de chicas y chicos a su casa.

José la acompañó hasta la puerta y se hincharon de reír por no hacer ruido que despertara a los vecinos.

Ya en su cuarto se quitó la ropa y se metió desnuda en la cama. Nunca se había acostado desnuda y se dio cuenta de que era muy agradable. Rebulléndose entre las sábanas recordó lo mal que se había portado Julio con ella y decidió no hacérselo saber. La próxima que fallara sería ella.

Ni siquiera comprendía porqué actuaba como lo hacía. Se estaba empezando a conocer y le gustaba lo que iba descubriendo.

Ya veríamos que tal le iba el mote de ratita.

Yoel intentó hablar con ella en varias ocasiones, pero la Ágata estaba en plan pegote y no le dio oportunidad. Mejor para ella porque no quería que los demás la escucharan hablar como lo hacía con ese capullo que siempre tenía en la boca alguna mierda que soltarle. Era odioso.

Se durmió con este último pensamiento y soñó con que le tiraba piedras desde la orilla a Yoel cuando nadaba por el río.

Se despertó satisfecha y muy dolida. Ya no quería mirar por la ventana para disfrutar de la visión de Julio trabajando. Se negó a hacerlo. Estaba tan enfadada con él que podría lanzarle piedras en sueños también a él. A los dos amigotes de mierda.

Se puso un chándal y salió por la puerta de la casa de dos pisos de su abuela. Echó a andar por la acera para ir a la plaza donde quedó con un grupo de chicas para ir a correr. Después llamaría a Enmi y quedaría con ella porque su amiga no era de las que madrugaban y eran las ocho de la mañana.

Escuchó gritos, pero no se volvió porque creyó que no eran por ella hasta que la voz de Julio estuvo tan cerca que no pudo evitar darse la vuelta cuando escuchó su nombre. Julio la alcanzó en un instante.

-Necesitaba hablarte de lo de ayer noche. No pude ir y no tengo tu número, no pude avisarte. ¿Me perdonas? –Tan fácil como eso. Mirella le sonrió con falsa dulzura, si tuviera confianza le daría una torta que lo dejaría marcado una semana. Pero no eran nada. No tenía derecho ni a enfadarse.

-No pasa nada, me divertí. –Y se encogió de hombros.

-Ya me lo han contado, me han pasado videos. –¿Tenía el rostro de censurarla?

-¿Te molestan? –Le puso ojitos inocentes, bien podía haber llamado a alguno de los que le pasaban videos y ponerla con ella para advertirle de que no iba a aparecer. Pero se lo calló porque la venganza se sirve en plato frío y ella quería vengarse del que le apodaba ratita a sus espaldas con el gilipolla de su amigo.

-¿Lo hiciste para que me molestara?

-Claro que no. Solo te esperé. Me vestí para ti. ¿Te has enfadado de verdad conmigo?

-No. –Miró a los lados. –¿Podemos hablar más tarde?
-¿Me vas a regañar? –Mirella le sonrió con picardía. Él no pudo evitar reírse. El ambiente se aligeró.

-¿A las cinco te recojo en el cruce?

-De acuerdo.

-Vale. –Y se marchó tan contento sin saber lo que le caía encima. Toda la obnubilación que tenía desde siempre se había transformado en una ira inmensa. Se habían reído de ella y pretendían seguir riéndose.

Se encontró con las cinco chicas y empezaron a correr y no pararon hasta dos horas después. Mirella se sentía muy bien, hasta se había relajado un poco. Se despidió de ellas quedando a las nueve en el sitio de ayer y fue hasta la casa de Enmi, ya se ducharía luego, tenía mucho que contarle.

Los padres de Emi trabajaban y ella estaba sola en casa. Le sirvió un desayuno de los suyos con bollería y chocolate y empezaron las confidencias.

-No te reconozco. –Terminó por decir Enmi.

-Yo tampoco. Pero es lo que soy de verdad. Y me he comprado ropa, no voy a dejar que el conejo me esconda más.

-Tienes razón. Y ahora ya no querrás estar conmigo.

-No seas tonta. Tu eres mi familia.

-Vale.

-¿Tienes miedo de que me aparte de ti?

-Es que a mí no me va lo de andar de picos pardos, ni siquiera en las fiestas.

-Quedaré contigo en los mismos lugares de siempre, no te voy a obligar a liarte con nadie porque lo haga yo.

-Si te lías con alguien, adiós.

-Pero es lo normal, ¿quieres que no salga con chicos?

-No es eso.

-Seguiremos siendo amigas, y ahora tendré más que chismorrearte.

-Eso sí. Es lo que siempre me gustó de ti Mirella, sacas partido a todo.

-Gracias. Y ahora tengo que volver a casa o la abuela pensará que me he fugado contigo al fin del mundo.

Se rieron despidiéndose. Mirella salió a la plaza y se dio de bruces con Yoel.

-Hola Frozen.

-Hola odioso.

-¿Me odias? –Se puso a la par de ella que caminaba a todo tren.

-Me eres odioso, sin más. ¿Puedes evitar hablarme? Te lo agradeceríamos, yo y Ágata.

-Ágata es una amiga, no le pertenezco. –Entonces Mirella se ríe de verdad divertida. Es que los hombres son tan tontos que no se dan cuenta de cuando están metidos en la trampa.

-Tengo prisa.

-Ven un momento conmigo. –Le agarró el brazo y la detuvo.

-No.

-Hay algo que quiero decirte.

-No.

-Solo te llevaré a la antigua cooperativa.

-¿Para qué?

-Para hablar sin que nos molesten.

-Es que no quiero hablar contigo de nada.

-¿Ni de porqué Julio no fue ayer?

-Ni de eso. Ya hablé con Julio.

-¿Ah, sí?

-Y ahora déjame en paz.

-Entonces hablaré con Julio y le aclararé el tipo de persona que eres.

-¿Por qué te metes conmigo?

-Porque él es mi amigo y tú lo vas a joder. Lo sé. Seguro que estás planeando alguna venganza contra él solo porque no fue ayer. Ni siquiera quieres saber qué le pasó.

Mirella lo miró sorprendida por el tono, como si de verdad quisiera ayudar a su amigo. Aquello la hizo dudar.

-Está bien, vamos. -Yoel se adelantó y la llevó hasta donde tenía su todoterreno. Subieron y en poco rato estuvieron donde la cooperativa. Se bajaron del coche y caminaron unos pasos.

-Dime.

-¿Podrías suavizar el tono? Eres muy desagradable.

-De acuerdo. Empezaremos de nuevo. Cuéntame lo que querías contarme. Por favor. -La sonrisa en los labios de Yoel tranquilizó poco su espíritu iracundo.

-Julio me había avisado de que quizás no podría ir ayer, lo hizo delante tuya, cuando te llevaba las maderas. Y realmente lo intentó, sin embargo, tiene un problema en su casa que se lo impidió. Y no puedo decirte qué problema tiene porque es cosa de él contártelo. Es personal.

-Vale. -La cuestión es que podría haberle dicho a Yoel que no iba a ir y que él se lo dijera a ella.

-Yo no sabía que habías quedado con él hasta que tú me lo dijiste y él no me llamó para avisarme porque no pudo hacerlo. -Fue como si Yoel hubiera escuchado sus dudas.

-A veces suceden esas cosas. -Terminó por ceder ante la explicación.

-¿No ha sido tan difícil, verdad? ¿Juzgas siempre con tanta dureza a la gente? -Mirella se apoyó en una de las paredes de la construcción en desuso.

-Quizás. -Tampoco se había visto hasta el momento en rollos de chicos y confianzas. Y la confianza no era su fuerte.

-¿Qué odias de mí? -Apoyó la mano a un lado de la cabeza de ella y se inclinó.

-Es verte y sentir rabia. -No comenzaría a explicarle que lo odiaba desde sus once años, cuando lo escuchó llamarla insoportable llorona a sus amigos no bien acababa de morir su madre.

-Dicen que los niños que se meten con las niñas en el colegio es porque les gustan esas niñas, ¿te gusto un poco? -¿Estaba flirteando con ella? ¡No podía ser!

-No. No me gustas ni un poco. ¿Cómo se te ocurre? ¿Qué estás haciendo? -Mirella se alejó de él asustada.

-¿Te da miedo lo que te hago sentir? -Aquello se estaba yendo de madre. -¿Por qué te apartas? Yo no voy a hacerte daño.

-Es que no te entiendo. ¿Te gusto yo acaso?

-Sí. Me gusta hasta el olor a sudor que despides después de correr con tus amigos.

-¡Estás chiflado! -Mirella se encaminó hacia el camino que iba al pueblo. Él la interceptó poniéndosele delante.

-Cuando salgamos de aquí será como llegamos, no te voy a dejar ir andando.

-Y esa es una de las cosas que no me gustan de ti.

-De acuerdo. Pero no tienes por qué tenerme miedo. ¿Escuchaste alguna vez que le haya hecho algo a alguien?

-No eres tan buen amigo si quieres levantarle a la chica antes siquiera de que la tenga.

-Por eso lo hago antes.

-Y esa es la segunda cosa que no me gusta de ti.

-Pues a mí me gusta hasta cuando me das zascas con tu lengua viperina. -Y se sonrió el muy maldito.

-Quiero irme ya.

-Huir no te servirá de nada. Nunca sirve Mirella. Me encanta tu nombre. -Le acarició la mejilla que ella apartó malhumorada.

-Se lo diré a Julio.

-Él ya sabe que me gustas. Pero nosotros jugamos limpio. Por eso te conté por qué no pudo salir contigo ayer.

-Lo que dices es raro de cojones, ¿tú y él, vais a competir por mí o algo así?

-Algo así. Que gane el mejor.

-¿A jugar con la ratita?

-Te vimos un día.

-¿Qué dices?

-Fuimos al taller a las dos de la mañana a buscar unas piezas para mi padre. ¿Sabes que tus cortinas transparentan con la luz encendida? -Mirella se ruborizó y esta vez sí que se sonrojó. Lo supo por la sonrisa que surgió de los labios del maldito. -Estabas bailando, con algo tan pegado al cuerpo que tardamos en darnos cuenta de que no estabas desnuda.

Mirella lo contemplaba estupefacta y humillada.

-Y debía de ser una canción sensual, nunca vi a nadie bailar así...con tanta pasión. Estuvimos observándote hasta que apagaste la luz para acostarte. Desde ese instante decidimos que ninguno de los dos iba a cederle el puesto al otro con relación a ti.

Eso fue el día antes de que te entrara Julio y te ayudara con las tablas. Fue tan rápido que me sorprendió. No quise ni mirarte por si se me notaban las ganas de agarrarte y dejar a Julio con las tablas en los brazos.

Luego, por la tarde, lo aparté de ti como pude. Pero él siguió hasta la noche y ya sabes lo que pasó por la noche.

-Pues yo no lo acepto. No voy a ser un trofeo, ni un hueso para dos perros. Y es verdad, quedé esta tarde con Julio para vengarme de él. De modo que dile que no iré y tú no vuelvas a ponérmelo por delante.

-¿Por qué Mirella? ¿Qué tan malos somos? -Volvió a colocarse en medio impidiendo su huida.

-Porque ya no me fio de Julio. Hasta ayer estuve embobada por él. Tres años como una tonta siguiéndolo con la mirada, espiándolo en el taller. Adorándolo. No sabía por qué me entró, ahora me da asco saber la verdad. Solo queréis follarme ¿verdad? Como haces con tu amiga Ágata. La ratita virgen a la que follar. Julio ha caído del pedestal en dónde lo había puesto. Fin de la historia. Y ahora déjame ir. ¿O quieres hacerme llorar también?

-Ágata no solo folla conmigo. Si nos usamos mutuamente no es cosa de que tú nos juzgues.

-¿Y por eso te agarra como si marcara su territorio?

-Yo solo tengo sexo con ella. Sexo. ¿Te asusta la palabra ratita?

-¿Me viste bailar querido? Pues del mismo modo me masturbo. No le tengo miedo al sexo. Quiero hacerlo, quería hacerlo con Julio. Pero no así. Pensando que estoy dentro de una puta competición. Y lo haré, querido. Pero con ninguno de los dos.

-¡Espera! -Le sujetó el brazo. Y la acercó de nuevo a él. -Por favor, danos una oportunidad, Julio sigue siendo el mismo del que te pillaste. Él no está con nadie. No se merece esto. No debí hablarte.

-Pero lo hiciste y ahora lo sé todo.

-De acuerdo. Me apartaré de vuestro camino. Me apartaré. No te vengues de Julio, él tuvo buenos motivos para no ir contigo. Queda con él y prueba a ver si es lo que tú creías. Por favor Mirella. Yo me apartaré. -La soltó y dio un paso atrás. Mirella contempló su rostro y dudó. Julio era muy importante para ella. Lo fue durante tres años, quería que sus sueños se mantuvieran, pero la realidad la tumbó al suelo. -¿Te llevo a casa?

-Estoy cansada Yoel, si te digo que no, ¿lo aceptarás?

-Sí. -Lo dijo derrotado. Eso le gustó a Mirella, eso era respeto.

-Entonces te dejo que me lleves. -La sonrisa que le ofreció la satisfizo y se la devolvió.

-¿Te pensarás lo de Julio? -La miró antes de darle al encendido del coche.

-Eres un buen amigo.

-Él también lo es mío.

-Lo pensaré.

-Gracias.

La llevó en silencio hasta su casa y cuando Mirella desapareció se fue a ver a Julio al taller.

-Se lo he dicho. —Le informó cuando salía de debajo de un coche. —Le dije que nos gustaba a los dos y que tenías motivos para no ir ayer.

-La has fastidiado. Me va a sacar los ojos, eso si aparece.

-No voy a ir a por ella. Te la dejo toda para ti.

-¿Por qué?

-Le gustas desde hace años. Por eso te espiaba detrás de las cortinas, era a ti.

-¿Me espiaba a mí?

-Sí, los otros no le interesan. Solo tú. Si decide ir hoy, aprovéchalo. Y trátala bien. Ella es muy especial.

-No soy como mi padre.

-No quise decir eso, lo sabes.

-Perdona. Me voy a limpiar y nos vamos, quiero que me cuentes de qué hablasteis.

Yoel no se guardó nada, Julio estaba que echaba humo.

-Es que eres un bocazas.

-Es que soy sincero.

-Perdona.

-No me gustan los secretos.

-Lo sé. Perdona. ¿Qué vas a hacer?

-Bajarle los humos a Ágata, no quiero malos entendidos y se está pasando.

-Es verdad, y como vuestras familias os quieren juntos...

-Eso nunca sucederá.

-¿Quieres estar libre por lo de Mirella?

-No. Te lo dije en serio, toda tuya.

-De acuerdo. Pero en los sentimientos no se manda y nunca te vi respetar tanto a una mujer.

-Una mujer que se sabe defender muy bien. Y quiere hacerlo con alguien especial y ese es el tío por el que lleva babeando tres años. Y ese no soy yo.

-Lo siento.

-No lo suficiente.

-No lo suficiente. —Se rieron.

Capítulo 3

Esta vez lo hizo esperar, una hora. Y él esperó. Un castigo pequeño para todo lo que había hecho. Mirella no se puso nada para complacerlo, se vistió como hacía siempre. No sabía si el Julio real merecía la pena. Había llevado una decepción enorme y no quería hacerse ilusiones. Pero la costumbre la llevó a él que la aguardaba fuera del coche apoyado en él con el móvil en la mano.

Mirella supo que lo había sorprendido porque lo vio en sus ojos y sonrió.

-Pensé que estabas vengándote de mí. –Le dijo cuando ella se le acercó.

-No volveré a ser puntual en mi vida.

-Es bueno saberlo.

-Llegar temprano da demasiada información.

-Lo siento.

-¿Vamos a algún sitio más tranquilo? –El zumbido constante del tráfico casi no los dejaba hablar.

Se subieron al coche y Julio se fue a la Pena Corneira. Caminaron un trecho y se sentaron en una roca. El sol rabioso traspasaba las hojas del árbol debajo del que estaban y los grillos no paraban de hacer ruido. Pero el paisaje merecía la pena.

Mirella respiró profundamente y sonrió.

-No fue a posta. Nada de lo que sucedió entre nosotros lo fue. ¿Me crees? –Julio se lo tenía que decir.

-No empezamos muy bien, podemos intentar ser amigos.

-¿Solo amigos?

-De momento.

-Es una pena. Puedo tocar el muro que has levantado entre los dos.

-Seguro que hablaste con Yoel, seguro que sabes que estaba atontada contigo.

-¿Estabas?

-Aquello fue una ilusión, nunca pensé en qué sucedería si algún día nos liásemos.

-¿Y no podemos intentar empezar a conocernos como pareja? No va a serme fácil escalar la perfección de un sueño, pero la realidad tampoco tiene porqué ser horrible.

-Me he pegado un buen patinazo contigo, Julio.

-Solo quise conocerte mejor.

-Pues eso podemos hacerlo.

-Te vi en los videos. Y vi cómo iban a por ti.

-¿Y qué?

-Que yo seré uno más.

-Yo tampoco te exigiré nada.

-¡Eso es mentira!

-Lo dices porque no sabes nada de mí. No soy una bruja controladora. Si te enrollas con alguna, no me importará porque no me importó hasta ahora. Yo veía algo en ti diferente a lo de los demás. Y no sé si sigue ahí, si estuvo ahí. No te conozco de nada, solo de vigilarte, ni siquiera sé si te enrollaste o no con alguien. Y ya te dije que no me importaba y no me importa. Si decidimos ser pareja será otra cosa. Pero no quiero comprometerme contigo, no sé ni por dónde voy a salir yo. Estos días he actuado de forma extraña y no sé qué es lo que quiero.

-Solo tienes quince años.

-¿A los diecinueve se sabe ya cómo se es?

-No. –Se rieron.

-¿Entiendes lo que quiero decir?

-Estás confusa y yo te gustaba, pero no hasta el punto de arriesgarte por mí.

-Y eso ya lo sentía antes de que me dejaras plantada.

-No te dejé plantada, no tengo tu móvil. Se lo pedí a José, pero él no te lo había pedido todavía para mandarte los videos. Y no quise quedar más en evidencia. Y Yoel no era una opción, era mi rival declarado. Más tarde se me liaron las cosas de tal manera que no pude llamar a nadie. Lo siento mucho.

-No pasa nada. No te quise atacar con mis palabras, fue una forma de expresarme, nada más.

-Oki. –Mirella lo llamó y cortó.

-Ya tienes mi móvil.

-Gracias.

-¿Damos una vuelta? –Se levantó y él la imitó. Caminaron despacio en silencio. Mirella sintió una paz increíble allá arriba y también felicidad. Estaba paseando con Julio, su primer amor.

Él le tomó la mano y ella se lo permitió. Caminaron despacio, escuchando al monte y el rugido lejano de los coches de la autopista. El dedo de Julio acariciaba la mano de Mirella suavemente, como si no quisiera imponerse, como el suspiro de alguien satisfecho.

Ella lo miró de reojo y sus ojos se encontraron. Él se detuvo y la enfrentó. Con su mano libre le rozó la mejilla y le acarició los labios con los dedos. Ella bajó la vista y cerró los ojos. En seguida los dedos dieron paso a los labios y su lengua se introdujo en su boca entreabierta.

La sujetó por la nuca y la acercó a él sin soltarle la mano que apretó ligeramente. Mirella saboreó su boca de menta y su percepción se multiplicó por mil, los sonidos, los olores, las zonas donde su cuerpo rozaba el suyo. Zonas que deseaban ser tocadas. Esas se despertaron de repente y exigieron atención.

Se apretó más contra él y se rozó notando que él también estaba despertando furiosamente. Chupó sus labios, entró de nuevo, la recorrió con su lengua inquisitiva, buscando su respuesta, enloqueciendo al encontrarla y metiendo la mano que antes sujetaba su nuca por debajo de su camiseta holgada, alcanzó su pecho y metió la mano dentro del sujetador apartándolo con impaciencia de su teta. Tocó el pezón y lo pellizó suavemente gruñendo mientras frotaba su erección contra ella.

Mirella se estaba mareando con las sensaciones. Se estaba humedeciendo. Sus bragas se mojaban y la mano de Julio le dio un tirón a su pezón y se fue hacia su ingle.

Allí descubrió la excitación de ella y profundizó el beso soltando su mano y sujetándola de la cintura para no dejarla escapar. Si es que ella pensara semejante cosa. Las manos de Mirella lo apretaban contra ella por los hombros, por la nuca, introduciéndose en su cabello ligeramente ondulado y tan suave como el agua.

Dos dedos se introdujeron en su interior y gimió de placer. Salían entraban, su lengua salía y entraba. Los gemidos de Mirella se hicieron más fuertes. Más. Explotó en su mano temblando furiosamente. Nunca había tenido un orgasmo tan fuerte. Tenía los pelos de punta y no se saciaba de beber de él.

Julio dejó su boca y chupó su cuello, justo debajo de la oreja. Mirella no entendía porque no se calmaba, seguía excitada, casi no tenía fuerzas para sostenerse, Julio era quién lo hacía restregando su pene contra su ingle estremecida.

-Me estás matando. –Susurró en su cuello. Mirella levantó la cara sujetando su cabeza y lo besó. Julio se apartó de golpe. –No puedo seguir...

La soltó y se dio la vuelta para respirar. Mirella admiró sus hombros anchos y su altura. Y la delicadeza con que la trató.

-No quiero que la primera vez sea así. –Sentenció. Mirella reaccionó al instante. ¿Amigos? Julio había conseguido que eso no fuera posible. ¿Pero le importaba a ella? Él era su primer amor. Todo lo que había soñado. Y la hacía sentir muy bien. Aquello no podía ser malo ¿no?

Julio se dio la vuelta y la observó, era tan deliciosamente inocente, vulnerable, sintió que se le deshacía el corazón al ver que ni siquiera ocultaba su confusión, no se hacía la dura, no disfrutaba de su poder sobre él. Nada. Simplemente lo miraba como si él pudiera solucionarle la vida. Y sonrió ante eso, él no podía ni solucionar la suya. La abrazó sin poder contenerse y ella le devolvió el abrazo. Todavía seguía empalmado como un mono. Pero la ternura que le provocaba Mirella contenía la fuerza de su pasión.

-¿Vamos al río? –Le propuso. No podía dejarla ir todavía. No sabía si podría dejarla ir ese día, o al siguiente o..., nunca le había pasado con una chica. Solía divertirse y nada más. Pero habían sido muchos

meses sintiendo su curiosidad tras las cortinas de su habitación y sin saber quién se la provocaba, conocer que había sido él lo llenaba de satisfacción. Como si ella le perteneciera. Como si algo le perteneciera por fin.

-No sé.

-Estarás conmigo. –Como si fuera un escudo.

-¿Te bañarás?

-Nos bañaremos los dos.

-No me gusta bañarme.

-Conmigo te gustará. Nos vamos a divertir. Di que sí.

-Sí. –La besó de nuevo. Como si nunca pudiera saciarse de ella que se lanzó a su cuello haciéndolo inclinar más la cabeza. Sonrió en sus labios y se adentró en su boca hasta que la prudencia lo alejó de nuevo. Nunca se perdonaría desvirgarla en el suelo de piedras y tojos de un monte. No quería que tuvieran ese recuerdo.

Podía controlarse.

Esa afirmación se tambaleó cuando la camiseta inmensa de Mirella cayó al suelo descubriendo un bikini blanco de lo más recatado. Pero en su cuerpo no era recatado. La tomó de la mano temblando de anticipación y se metieron lentamente en el agua.

Había mucha gente, turistas, vecinos que venían al pueblo de vacaciones, niños con pelotas, salpicando, griterío... Mirella se sintió agradecida por eso y se metió hasta los hombros con él.

Julio era muy divertido, jugaba con ella, hacia el pino, se tumbaba de espaldas cogiendo su mano con ella también haciendo el muerto..., salieron riendo y relajados. Se tumbaron en un claro al sol y disfrutaron del calor secando las gotas del agua de la piel.

Mirella abrió los ojos cuando una chica se sentó al lado de Julio, era Rebeca de la misma edad que él.

-¿Te has enterado? –Le soltó a Julio que se reincorporó sentándose en la toalla. –Ágata está hecha polvo. ¿Por qué lo ha hecho? Tú eres su amigo. ¿Sabes por qué lo hizo?

-Yo no cotilleo de Yoel, pregúntale a él. Y no tengo ni idea de lo que me hablas. –Aunque sí la tenía, pero nunca lo reconocería. Yoel era sagrado para él.

-Dejó a Ágata, le dijo que eran solo amigos y que ella se estaba pasando. Que cada cual llevara su camino en paz.

-Entonces ya sabes por qué lo hizo.

-No. Al principio creímos que ella tenía algo que ver. –Y señaló a Mirella que fruncía el ceño disgustada. –Pero está claro que ella iba a por ti.

-Rebe es mejor que te largues de aquí, vete a chismorrear con tu grupito.

-Cómo te picas. –Se levanta airada y se marcha a toda velocidad.

-A estas se les va la olla. –Comenta mirando a Mirella que se vuelve a tumbar.

-Bueno, Ágata debía de creer que era especial para Yoel.

-Ya sabes quién le gusta a Yoel.

-Pero él me aseguró que no me daría más la lata. –Julio se rio sinceramente y le acarició la mejilla a Mirella tumbado de costado hacia ella.

-Me encanta que digas eso. ¿No tiene ninguna oportunidad contigo, verdad?

-Ya se lo dejé muy claro. Será tu amigo, pero a mí no me cae bien. Y no preguntes porqué.

-No pregunto. Estoy satisfecho con esa afirmación. No es fácil ser amigo de un tío guapo, rico y maravilloso como él. Siempre me quedo a la sombra y ahora que ha vuelto al ruedo que tiemblen los demás, no va a dejar títere con cabeza. Mira. –Señala al grupito donde se había ido Rebe. –Ya están afilando las garras para ser las nuevas candidatas a señora de Yoel González.

Mirella contempló al excitado grupo y pensó que la vida no era tan sencilla como parecía. La mano de Julio le arrancó esos pensamientos, se había colocado encima de su ombligo, sus ojos castaño oscuros la observaban divertidos y excitados. Se inclinó y le dio un pico en los labios.

-Si estuviéramos solos...-Divagó sonriendo. Mirella le tocó el labio inferior y se lo tiró hacia abajo con el dedo produciéndole un chasquido. Los dos se rieron.

-Se me hace extraño estar contigo, aquí, en bikini. Todo esto es nuevo para mí.

-Si quieres haremos más cosas nuevas para ti.

-¿Lo prometes?

-Lo prometo.

-Hola. -Vero los interrumpió, era una del grupo de footing de la mañana. Se arrodilló al lado de Mirella para hablar con ella. -Esta noche vamos a ir a la casa de Adriel, está cerca de Ourense, si quieres puedes venir.

Esa invitación la tomó de sorpresa, y en lo único que pensó fue en si se atrevería a ponerse alguna de la ropa que se compró.

-¿Y puedo ir yo también? -Bromeó Julio que siempre estaba invitado a todas las fiestas. Vero se rio.

-Creo que Adriel todavía no te ha perdonado que le levantaras la tía aquella en Navidad. -Eso le provocó curiosidad a Mirella.

-Ni siquiera estuve con ella tres horas.

-Pues ya no quiso estar con nadie más. Se volvió a Coruña pilladita por ti, me dijo Rosa.

-Rosa se inventa cosas. -Descartó él. -¿Vamos entonces? -Se volvió a Mirella que miró a Vero sin decidirse, la última vez que se vistió con lo que había comprado, lo hizo para Julio, y Julio la dejó plantada. ¿Y si volvía a ocurrir? ¿Qué podía hacer? ¿Acaso iría en chándal como siempre iba a las fiestas? Tal vez no fuera buena idea ir.

-¿Puedo pensarlo? -Le preguntó a Vero.

-Si quieres venir te podemos llevar, saldremos de mi casa a las diez, con que estés a menos cuarto ya está. -Resolvió Vero.

-Gracias. -Vero se levantó y se fue toda contenta.

-¿Por qué te lo tienes que pensar? ¿Es porque no quieres ir conmigo? ¿Porque solo somos amigos?

-Mira que se te ocurren tonterías. -No podía hablarle de su indecisión, de que no confiaba en él.

-¿Entonces?

-Cosas mías.

-No me gustan los misterios.

-Ni a mí los fisgones.

-¿Fisgones? ¿Cómo esas personas que se pasan la vida detrás de las cortinas fisgoneando a los demás? -El tono era molesto.

-Te observaba en un lugar público, no mirando a través de la calle a la ventana de tu habitación.

-Yo estaba en un lugar público y tú estabas exponiéndote descaradamente.

-Por ignorancia.

-¿Estás segura de eso?

-¿Quieres decir que yo sabía que me estaban mirando?

-¿Podemos detenernos antes de acabar mal? -La pregunta cortante detuvo la siguiente réplica de Mirella, nunca había discutido con nadie. Y por lo que parecía Julio y Yoel iban a ser los primeros. Esperaba que también los últimos. ¡Es que eran unos picajosos sensibleros de narices!

Dio la callada por respuesta y cerró los ojos. los dedos de Julio se deslizaron por su hombro, por su cuello, por su mandíbula, por sus ojos y por su nariz. Le dieron un pequeño golpecito en la punta y cayeron a los labios que ya sonreían. La boca siguió el rastro de los dos dedos, cuando alcanzó sus labios, ella los abrió para él.

-Me encanta tu sabor, tu suavidad, me encanta reñir contigo y reconciliarme. -Susurró en su boca entreabierta y volvió a ella.

Mirella volvió a sentir que sus sentidos se afinaban, el olor de agua que despedía la piel caliente de Julio, su aliento en la boca, la textura de su lengua recorriendo sus dientes, mezclando sus salivas, el deseo de su piel de sentir sus manos por ella. Manos que solo acariciaban suavemente su mejilla.

Julio se separó y miró la profundidad de sus ojos brillantes de un tono verde cristalino, como el de un lago esmeralda dentro de un bosque, húmedos, intensos, con motitas doradas, rodeados por unas pestañas gruesas y largas en un rostro sin defectos, suave como la piel de un melocotón. Deseaba chuparla toda, todos sus rincones, toda su suavidad.

-No me mires así. –Le pidió ella.

-¿Cómo te miro?

-Como si fueras a comerme cruda.

-¿Eres adivina?

-No hace falta, te ves hambriento.

-Lo estoy. Ven esta noche, Adriel tiene un chalet con muchas habitaciones.

-Eres un demonio.

-Seré un ángel, ya lo verás.

-De acuerdo. –El chasquido que salió al darle un beso en la boca, hizo reír a ambos. –Tengo que irme ahora.

-¿Tan pronto? Solo son las siete.

-Tengo cosas que hacer don figón.

-Oki doña búho. –Se pusieron en pie riéndose. A Mirella le gustaba reír, por lo menos no solo reñía con él, la mayor parte del tiempo se lo pasaba bien.

La dejó en la puerta de su casa dándole un pico rápido dentro del coche. Mirella salió sonriendo. Y saludó a su abuela que estaba planchando delante de la tele. Subió a su cuarto y rebuscó entre toda la ropa nueva.

Llamó a Enmi.

-¿Cómo vas?

-Leyendo, ¿y tú?

-Me enrollé con Julio.

-¿Y cómo fue?

-Bien. Me gusta estar con él.

-¿Solo bien?

-Muy bien. –Y se rieron. –Voy a ir a la casa de Adriel esta noche y él va a venir y no sé si lo haremos o no. –Comentó Mirella emocionada.

-Hazlo y quitatelo de encima. La virginidad es un lastre.

-Nunca dijiste eso.

-Nunca hablamos de eso.

-Es verdad. ¿Quieres venir?

-Ni loca. Ya sabes que esas historias no son para mí. A mí me va más leer, la vida contemplativa, vamos que si fuera hace años me metía monja.

-¿Quedamos mañana para desayunar?

-Así me lo cuentas todo con detalle. ¿Y qué te vas a poner? ¿Uno de tus chándales?

-Otra figona. Para tu información me he comprado ropa por internet. Pero no sé cuál ponerme, no puedo decidirme.

-Vente y tráete todo y lo decidimos, además mi prima y tú tenéis más o menos la misma talla, podemos husmear en su parte del armario. Se ha traído la tira de ropa para pasar el mes de vacaciones en mi casa. Con suerte me alivias un poco el armario.

-No puedo ponerme la ropa de tu prima.

-Ella se ha ido a Vigo a pasar el finde. Lo que ha dejado no lo va a usar y cuando vuelva se lo tendré lavado. Nadie sabrá nada.

-Eres perversa.

-Ese debería ser mi segundo nombre. –Y se mondarón de risa.

La prima de Enmi tenía de todo. Y Mirella pensó que ella debería empezar a pillarse también más ropa. Le cogió prestado un vestido ajustado con escote en uve de fondo blanco y flores rojas pequeñas, la falda tenía vuelo y le llegaba al medio muslo. Todo lo que ella había pillado era muy atrevido, le pareció que ese vestido era mejor para esa ocasión, no fuera a ser que se quedara otra vez esperando a Julio como el santo advenimiento con la ropa de una devoradora de hombres.

Pasó de tacones y se puso sus deportivos blancos. Deshizo las dos trenzas y se cepilló bien el pelo que le quedó ondulado.

Le había dicho a su abuela que iría con las chicas a una fiesta en la casa de Adriel y ella sonrió y lo aceptó normalmente. En verano solían andar de fiesta en fiesta y se turnaban para llevar en coche a las chicas varios padres.

Salió disparada para reunirse con Vero y el resto y se encontró con dos coches que se llenaron y otros dos que ya habían salido.

Apretujada con sus amigas se fue riendo de sus ocurrencias todo el trayecto.

Al llegar las recibieron luces en el jardín y una barbacoa humeando a todo tren. La música estaba alta y los gritos casi podían con ella.

Unos bailaban, otros se saludaban, y otros estaban sentados tomando bebidas y riendo. Mirella se fue con Vero y otras dos a hablar con Adriel que estaba con José.

Durante un buen rato se rieron de las bromas de unos y otros. Mirella tenía un vaso con cola y gin a su gusto esta vez. José tenía buena memoria y por lo que parecía también le gustaba hacer cócteles.

Se sentó en una tumbona y escuchó atenta cómo hacer un “daikiry a la de José”

Le sonó el móvil y se excusó con José para coger la llamada. Era Julio.

-Hola preciosa.

-Hola.

-Tengo malas noticias.

-No me asustes.

-No es nada tan malo, solo que no voy a poder ir. Me ha surgido un problema familiar. Lo siento. –Recordando lo que le había comentado Yoel, aceptó de buena gana la explicación. La familia era lo primero.

-No importa. Habrá otras oportunidades.

-A mí sí me importa, esta era mi oportunidad.

-Ya aparecerá. Soluciona ese problema y paso a paso que no hay prisa.

-Hablas como alguien muy maduro.

-He vivido cosas muy duras, mi madre murió hace cinco años, mi padre apenas es una sombra en mi vida, y mi abuela hace lo que puede. A veces no queda más remedio que madurar.

-Eres un encanto. Me vuelve loco cómo eres.

-No digas tontadas. Soy de lo más normalito.

-Estaré toda la noche mirando los videos que subáis.

-Yo no saco videos.

-Menos mal que los otros sí. Así veré qué te habías puesto para mí. ¿Te vestiste para mí verdad?

-Suelo ir por ahí vestida. –Y se rio.

-Sabes lo que quiero decir. Hoy íbamos a...

-Me vestí para la ocasión, pero me vestiré mejor la próxima vez, no lo dudes.

-Estoy desesperado de que llegue ese día...-Un grito y un golpe detuvo sus palabras. –Tengo que dejarte. Hablamos mañana. Chao.

Y colgó rápidamente con un barullo detrás de sus palabras.

Mirella frunció el ceño. Parecía como si alguien riñera a voces, como si tuviera una buena bronca en casa. Ella nunca vivió una bronca de sus padres, ni de hermanos, porque no tenía y su abuela no era de las que se molestaban en reñir. Solo alzaba una ceja y ya le llegaba para hacer valer su voluntad.

Quedó absorta con la vista fija en el vaso de plástico sujeto por sus dos manos.

-¿Bailamos? –Era Vero que la cogía de las manos y el vaso salpicó el líquido por la hierba del jardín. Lo dejó sobre una mesa y comenzó a bailar con Vero. Era un reguetón que las dejó sudorosas pero muertas de risa.

Después todo fue un caos. Unos y otros se turnaron para bailar con ella, chicas, chicos, que flipaban por lo bien que se le daban todos los estilos. Lo que no sabían era que se pasaba todas las noches bailando. Por eso la pillaron Yoel y Julio aquel día.

Cuando ya no pudo más sin beber algo, dejó la zona de baile y buscó a José que ya le daba uno de sus cócteles sin alcohol como ella le había pedido. Estaba buenísimo, con sabor a frutas ácidas y dulces.

Se echó sobre una tumbona y comenzó a beber cerrando los ojos. Vero se sentó en una esquina.

-¿Tomando energías para seguir?

-Casi no puedo respirar.

-Entonces vamos a chismorrear. Ha llegado Yoel y ha revolucionado al gallinero.

-¿Porqué?

-Porque está libre.

-¡Qué bien! –Intentó decirlo con un tono neutro, pero a ella se le pelaba que ese estuviera libre u ocupado. Con que no la molestara a ella, le sobraba.

-Yo le entraría, pero sé que a ese le van las rubias.

-Siempre puedes teñirte como ellas.

-No me queda bien el rubio, además paso de gastarme la paga en pelus.

-Un puntazo para ti. –Y palmearon las manos riendo.

-Julio no está nada mal, no es tan guapo como Yoel, pero es que Yoel parece un puñetero modelo. No sé de dónde ha salido, sus hermanas no son nada guapas. Pero lo dicho, Julio es un pibonazo y parece que le gustas mucho. Quién lo diría.

-¿Porqué, también le gustan las rubias?

-No. Julio es de los que prueban aquí y allí. Y con eso no quiero decir que no te esté tomando en serio a ti. Pero nunca duró mucho con ninguna.

-Pues yo no sé cómo soy, de modo que ya se irá viendo.

-Es cierto, nunca anduviste con ninguno. ¡Ostras mira al Yoel como baila el cabrón!

Se quedaron embobadas contemplando los movimientos de Yoel y Marga, sí que lo hacían bien esos dos.

-Suele bailar con las que mejor se mueven, si te hubiera visto a ti, te pediría bailar también.

-Lo dudo. No soy su tipo en absoluto. –Y esperaba que recordara la palabra que le había dado.

-Ya veremos. Voy a bailar un poco, me encanta esta canción. –Y allí se fue y dejó a Mirella contenta bebiendo su cóctel. José se le acercó con otro vaso en la mano meneándolo como si fuera un trofeo a admirar.

-Este es especialmente dedicado para ti. Lo voy a llamar Mirella, prueba. –Le dio el vaso que ella cogió con la otra mano.

Cuando lo bebió se atragantó, pero no porque estuviera malo sino por todo lo contrario, era exquisito.

-¿No te gusta? –Le palmeó la espalda mientras le preguntaba.

-Me encanta, está delicioso. Eres un puñetero genio. –Y volvió a beber. –Pero a este le has echado alcohol.

-Hay que animarlo un poco.

-Este es un cóctel Premium, deberías patentarlo.

-En eso estoy. Creo que voy a hacerme barman o como se llame. –Y se rieron.

Un ruido resonó por todo el jardín. La gente miró al cielo y de pronto hubo otro trueno, sonó lo mismo que una bomba.

La gente se miró sin saber qué hacer. El relámpago iluminó las oscuras montañas de alrededor y el trueno volvió a estremecer la tierra a sus pies.

Mirella sabía que en nada iba a diluviar. Todos pensaron lo mismo y empezaron a recoger lo que se podía fastidiar, el equipo de música, las botellas, los cojines. La barbacoa no hacía falta porque era de piedra y estaba cubierta.

Mirella entró con varias botellas en los brazos y las depositó encima de la mesa del salón. Varias chicas la imitaron y luego se volvieron a los ventanales. Las primeras gotas fueron gordísimas, el resto fue una verdadera tromba de agua.

Y de pronto después de otro trueno se fue la luz. Las exclamaciones inundaron el ambiente, unos reían, otros se les veía con miedo. Otros empezaron a encender las lámparas de los móviles y a moverlos como si fuera un concierto. Los más sensatos encendieron velas.

El ambiente se transformó en algo extraño, tanta gente rodeada de velas y móviles encendidos mientras los relámpagos iluminaban el exterior amenizados por los truenos tremendos.

Mirella se sentó al lado de otras en el sofá en el enorme del salón.

-Se ha chafado la fiesta. No hay música. –Dijo una disgustada.

-Pues a casa a dormir. –Contestó otra.

-De casa nada. Mis padres no van a venir a buscarme con esta agua cayendo. No quiero que se maten. Los voy a llamar. Yo me quedo aquí.

Varias asintieron decidiendo lo mismo. Mirella se dio cuenta de que tendría que quedarse también y su abuela estaría preocupada por ella porque no tenía móvil y el teléfono normal solía fastidiarse con la tormenta.

Le había prometido que estaría sobre las tres en casa. A lo mejor algún vecino podía avisarla, pero su casa estaba lejos de las de los padres que habían quedado en llevarlas de vuelta y a lo peor no querían pasar por su casa a avisarla.

Solo faltaba media hora para las tres.

Empezó a preguntar a unos y a otros y nadie le daba solución. Típico. Ninguna quería fastidiar a sus padres. Vero le agarró el brazo.

-Algunos se van en sus coches. –Ir en coche con chicos con aquel aguacero no le parecía muy buena idea, pero menos le gustaba pensar en su abuela toda preocupada, ¿y si se le daba por salir de casa para preguntar a los que la habían acercado a casa de Adrián?

Ni siquiera podía pensar en que sucediera eso. No podía dejar a su abuela así.

Corrió a hablar con uno de los chicos de veinte años que tenía que trabajar al día siguiente y se llamaba Adrián, parecía ser el único que iba a atreverse a salir con aquel diluvio.

-¿Me puedes llevar? –Le preguntó sujetando su brazo. Él la miró y asintió.

-Te llevaré yo. –La voz de Yoel se impuso sobre el resto. Mirella se volvió e iba a negarse cuando la mirada de Yoel le advirtió de que ni lo intentara.

-¿Ibas a marcharte? –Le preguntó por fin.

-Te llevaré yo. –Eso quería decir que solo se iba por ella. Y ella no quería que hiciera eso.

-Espera un momento Adrián. –El muchacho ya se marchaba. Mirella se volvió hacia Yoel y le dijo en voz baja. –No puedo permitir que te pase algo por llevarme, él se va por voluntad propia y yo también, no puedo dejar sola a mi abuela, se lo prometí...

-No discutas. Adrián puedes irte, yo la llevo. –El chico se fue corriendo para meterse en el coche y ella se quedó mirándolo con el ceño fruncido.

-Eres un cabezota. Otra cosa que no aguanto de ti. –Le siseó en el oído.

-Vamos, ¿no querías irte? –Se colocó la cazadora vaquera por encima de la cabeza y corrió a meterse en el coche de Yoel. Cerró la puerta y tomó aire. Él entró al mismo tiempo.

-Gracias.

-Menos mal que me las das, ya pensé que ibas a clavarme tu afilada lengua en los oídos.

-No tengas prisa, aunque llegue tarde no importará mientras llegue. –Estaba muy nerviosa y se sentía muy culpable para hacer oídos a su sarcasmo.

-Habían avisado de la tormenta.

-No sabía nada.

-Parece que nadie le prestó atención. A lo mejor porque preferían quedarse aquí a dormir.

-Puede ser.

-No sabía que ibas a venir.

-Me lo propusieron en el último momento.

-¿Se lo dijiste a Julio?

-¿No hablaste con él?

-Hoy no estuve en Leiro.

-Fui con él por la tarde y quedé con él aquí, por eso vine. Pero tuvo problemas familiares y me llamó para decirme que no podía venir.

-Bueno pues vámonos. –Se abrocharon los cinturones y Mirella supo que lo que le había contado de Julio le había disgustado. ¿Qué problemas tendría con su familia?

La cascada de agua que caía sobre el coche cortó de cuajo sus divagaciones. Estaba asustada, tenía los puños apretados a pesar de que Yoel iba despacio. Pero apenas se veía nada de la carretera.

-A lo mejor para en poco tiempo. –Murmuró.

-No. Esta va a durar bastante.

-No se ve nada.

-Tranquila, ya me he visto en peores.

-¿Peores?

-Un día me llegó el agua a la ventanilla del coche. Fue en Andalucía, en una autopista llena de coches a toda leche. De pronto se abrió el cielo y allí nos quedamos todos.

-No sé cómo puedes conducir.

-La cuestión es no perder la calma. Si quieres puedo ponerte música, cierras los ojos e intenta relajarte.

-Lo siento. Te estoy molestando. Escucharé música.

-No me molestas, es que no quiero que tengas miedo, iré con mucho cuidado. –Y puso una música suave. Mirella cerró los ojos con fuerza y evitó pensar en el ruido del agua al caer sobre el todoterreno.

Sus puños seguían cerrados con fuerza, se estaba clavando las uñas en la carne. Iba rígida en el asiento y rezando para que terminara el trayecto. No podría perdonarse que le pasara algo a Yoel por su culpa. Como le pasó a su madre.

Pero es que era un cabezota de las narices.

Quizás hubiera sido mejor quedarse y que la abuela se preocupara. Por lo menos no se arriesgaría en regresar y lo más importante, no lo arriesgaría a él.

Las lágrimas le salieron solas, los sollozos siguieron al instante siguiente. Y no las podía controlar. El coche se detuvo un momento después. Yoel puso los intermitentes y se había apartado al arcén. Se quitó el cinturón de seguridad y se lo quitó a ella que tenía las manos en la cara cubriéndola y llorando a más no poder.

-Vamos, tranquila, chisttt...-La abrazó apartándole el pelo del rostro, cogió sus manos y se las sacó de la cara. –No llores, venga. No tengas miedo.

Mirella lo sujetó por los hombros y siguió llorando sobre su cuello.

-Perdóname. –Hipó desconsolada.

-No tengo nada que perdonar.

-Sí. Por mi culpa puedes morir. Te he metido en este infierno. Si te pasa algo me moriré. ¡Podemos morir los dos!

-Escúchame, nadie va a morir hoy. –Le tomó la cara entre las manos. –Nadie. –A través del parpadeo de las luces intermitentes, Mirella lo miró a los ojos. Yoel tenía unos ojos verdes claro preciosos, y en aquel momento la miraba con ternura. Bajó la vista a sus labios y de repente sintió una punzada en el bajo vientre, y un deseo irrefrenable de tocar esos labios sedosos que le hablaban con seguridad. Fue una locura, volvió a sus ojos en los que ya no había ternura sino un brillo hambriento como el de ella.

No logró cruzar un pensamiento por su cabeza, solo fue sentimiento. Descontrol. Acercó su boca a la de él y cayeron ambos por el precipicio de la pasión. Yoel la sentó en su regazo sin dejar de besarla. Al

contrario que con Julio, no percibía nada, podría abrirse la tierra y tragarlos que no lo notaría. Su cuerpo solo sentía a Yoel.

Su boca se lanzó fuera de la suya y rodó por su cuello, apartó la tela del vestido y se metió un pezón en la boca, no llevaba sujetador porque el vestido se anudaba en el cuello y le recogía el pecho. La succión de Yoel mamando de ella lanzó un pinchazo en su ingle y se humedeció de tal manera que sintió que lo mojaba a él.

Gimió de placer, el simple roce de su bragueta contra su trasero y su vagina la volvía loca. Él gruñó llevando la mano a la otra teta y pellizcando su pezón mientras chupaba del otro, deslizó la mano por su vientre y le levantó la falda para meter el dorso entre las piernas, lo frotó y se llevó el líquido que salía de ella, resbaladizo, preparándola para él.

Su pene se había endurecido de tal manera que se clavaba en ella y la rozaba y la volvía loca.

Mirella se restregaba sin tener conciencia de hacerlo, los dedos de Yoel entraron en su cona y entonces sus movimientos se volvieron frenéticos, Yoel absorbió sus jadeos con su boca, la besó con desesperación. Mirella se corrió en sus dedos y lo mojó más, no podía parar, era como si su corazón fuera a estallar en mil pedazos. Quería gritarle para que se detuviera, pero al tiempo no tenía fuerzas para combatirlo. Se rindió a él, volvió a sentir las palpaciones de un próximo orgasmo, pero aún temblaba con el anterior. Yoel no le daba tregua, le metía los dedos al compás de la lengua, y ella se rompió de nuevo, se desintegró en él, las lágrimas le cayeron y gritó como nunca lo había hecho.

Yoel bebió sus jadeos, sus lágrimas, y detuvo sus dedos dentro de ella. No se los sacó. Se apartó para observarla, sus labios hinchados, sus ojos brillantes por el llanto. Y su aliento llegándole a su boca. Si no estuviera en un coche la chuparía hasta hacerla gritar de dolor. Estaba dolorido y frustrado.

Si solo le hubiera dado una puta oportunidad de hacérselo bien. Pero se habían lanzado el uno sobre el otro como perros en celo.

Aquello estaba mal. La sentó en el asiento de al lado y tomó aire profundamente. No quería mirarla.

-¿Yoel? –Su vocecilla lo fastidió. ¿Ahora se hacía la tímida?

-¿Ibas a hacerlo con Julio esta noche? ¿Te vestiste así para él? –El impacto de sus palabras llegó lentamente a la conciencia de Mirella.

-¿Por qué me tratas así?

-¿Cómo te trato Mirella? –Un trueno retumbó entre ellos. -¿Cómo coño te trato?

-¿Estás enfadado conmigo?

-Te dije que me apartaría de ti. ¡Y lo cumplí!

-¿Qué significa eso?

-¿Eres de esas?

-¡No sé qué me quieres decir? Por favor no me hables así.

-¿Y cómo quieres que te hable? ¡Me odiabas recuerdas! ¡Me odiabas! ¿Entonces por qué te lanzaste a mí como una puta perra?

Mirella lo miró asustada, impresionada por el insulto, porque no sabía cómo contestarle, porque no entendía qué le había sucedido para querer hacerlo con él. Un relámpago iluminó sus rostros, el de él era furioso, el de ella confuso. El trueno ahogó el gemido de miedo y dolor que surgió de la garganta de Mirella.

-Lo siento. –Y lo sentía, le dolían sus palabras, sus insultos, haberlo llevado a aquel estado de rabia. –Lo siento inmensamente. Perdóname. –No lo miraba ya, miraba sus manos sujetas una a la otra en un puño.

Yoel no contestó, se puso el cinturón y volvió a la carretera, la música atenuaba el sufrimiento de Mirella, ni siquiera se había dado cuenta de nada, ni de la música, ni de la tormenta, durante el tiempo que estuvo con él, no se enteró de lo que sucedía a su alrededor. Jamás había perdido el control de aquella manera. No sabía qué le había pasado. No entendía nada. Sentía ganas de desaparecer. De morir. Se puso con manos temblorosas el cinturón.

Yoel consiguió llevarla sana y salva a su casa. Ella se bajó del coche sin importarle la lluvia, sin importarle nada. Cuando entró en la casa, su abuela la llamó desde la cama. Apareció en el umbral de la puerta entreabierta del primer piso y le dijo que todo estaba bien, que se había mojado un poco con la lluvia. Su abuela gruñó y sacudió la mano dando a entender que le llegaba la explicación y que se fuera a dormir.

Se marchó a su habitación y se quitó la ropa y desnuda se metió en la cama. Colocó su mano en el pecho intentando calmar su acelerado corazón, el dolor que salía de él. Y metió la otra entre sus piernas tratando de calmar la excitación que todavía había allí. No entendía a su cuerpo.

No supo que Yoel no había arrancado el coche y la observó a través de la ventana, admiró su perfil desnudo y deseó tenerla para él. Golpeó el volante del coche y su estupidez. Qué le podía importar que fuera una falsa, debería follársela hasta cansarse de ella. Pero era amigo de Julio y la muy perra lo había elegido a él.